

las
cuatro
caras
de
jeanne
moreau



En «Juvénka», de Martin Ritt.



En «Moderato Cantabile», de Peter Brook.

LA OTRA BIOGRAFIA DE

JEANNE

A la salida del cine —era una Gala TRIUNFO y acababan de proyectar «La noche»— una señora me cogió del brazo y me dijo:

—A usted, claro, le gusta esa mujer.

—Pues sí. ¿Cómo lo sabe?

—Porque usted es muy raro.

—Seguramente. Uno es muy raro como es muy tonto o muy listo o muy alto o muy delgado. Y yo no puedo evitar que me guste —mucho— Jeanne Moreau.

—Pues yo la vi en «Diálogos de Carmelitas» y... vaya.

—Es que ver a la Moreau en «Diálogos de Carmelitas» es como ver a

la Bardot en «Un médico en la Marina».

—No irá usted a comparar.

—¿Por qué no? Una es más actriz que otra, naturalmente, pero el fenómeno es el mismo.

—Usted siempre presume de haber viajado.

—Menos de lo que quisiera.

—Bueno, no discutamos, siga.

—La primera vez que vi a Jeanne Moreau fue el año 58 en una película que se llamaba «Ascensor para el cadalso». El director era un tal Louis Malle.

—Me suena.

—Bravo. Efectivamente, le suena. Louis Malle dirigió una película de gran escándalo: «Los amantes».

—Una amiga mía que la vio en París me dijo que era tremenda.

—No sé si es ésta la calificación más adecuada, pero comprendo que su amiga opinara así.

—¿Y qué más?

—Me pareció una gran actriz en «Moderato Cantabile».

—¿Qué es eso?

—Una película muy literaria que dirigió Peter Brook. A la gente le molestó por lo que tenía de literatura. A mí, al contrario.

—Usted siempre llamando la atención.

—Sí.

—¿Y qué me dice de «Les liaisons dangereuses», del perverso Roger Vadim? Digo el título en fran-

Por ADOLFO

cés porque hay cosas que en castellano no se pueden decir.

—No la he visto.

—Hombre, le pillé. Tengo noticias de que es increíble. De atrevida, me refiero.

—¿Noticias de su amiga?

—Sí. ¿Por qué?

—Por nada.

—Usted siempre dice que a los actores hay que verlos en el teatro. ¿O no lo dice?

—¡Ah! Se me olvidaba. Vi a Jeanne Moreau en una comedia de Felicien Marceau que se llama «La buena sopa».



En «Jules et Jim», de François Truffaut.



En «Eva», de Joseph Losey. Su último triunfo.

M O R E A U

MARSILLACH

—Ese es el autor de «El huevo», ¿verdad?

—Sí. Y la Moreau estaba muy bien.

—Usted es que es «hincha» de ella.

—Quizá.

—Pues yo la acabo de descubrir hoy. ¿Ha hecho mucho cine?

—Empezó en el año 1948 con un pequeño papel en «El último amor», de Jean Stelli. Luego, fue una carrera lenta, pero segura. A los diez años justos —en 1958— llegó el momento de su gran éxito. Ya en el anterior —1957— había gustado mucho en una película que dirigió Luis

Saslavsky y que se llamaba «Las lobas».

—¿Y en el teatro?

—Muy joven, ingresó en el Conservatorio de París y antes de acabar sus estudios, fue contratada por la Comédie Française. Debutó exactamente el 23 de enero de 1948, día de su cumpleaños.

—¿Cuántos?

—Veinte. Puede usted echar sus cuentas. Después de actuar durante cuatro años en la Comédie —también trabajó en el T. N. P. de Jean Vilar— llegó su gran oportunidad. Al lado de Pierre Blanchard estrena «L'heure éblouissante», comedia que aquí en España se llamó «La hora de la fantasía».

—Creo recordar.

—Fue un éxito importante de María Jesús Valdés.

—Ah, sí, es cierto. ¿Y qué más?

—No me obligue a hacer una biografía como las otras. Ya sabe que me aburre muchísimo.

—Pero es que yo quiero enterarme. Piense que es una actriz prácticamente desconocida en España.

—Está bien. En «La hora de la fantasía» había dos papeles importantes. Eran dos papeles que jamás coincidían en escena porque estaban escritos en actos diferentes. Uno lo interpretaba ella y otro Suzanne Flon.

—¿La de «La Alondra»?

—Eso es. Un día Suzanne se puso enferma repentinamente y Jeanne

Moreau salió a hacer los dos personajes. Esa fue su revelación. Luego, «La máquina infernal», de Cocteau; «Pígalión», de Shaw, con Jean Marais; «La gata sobre el tejado de cinc», de Tennessee Williams...

—Bonita historia.

—Normal. El teatro está lleno de historias así. Siempre hay un actor al que le da un ataque de apendicitis, pera que otro ocupe su lugar en la fama. Es algo irremediable y, seguramente, necesario.

—Y de su vida privada, ¿qué me dice usted?

—¿De la mía?

—No, hombre. De «la Moreau». Tengo noticias funestas.

**es una
gran actriz
porque todo
lo que hace
es verdad**

—¿Siempre de su amiga?

—Pues sí, ¡qué se le va a hacer! Mi amiga viaja mucho y me informa. Ha visto en Londres «Jules et Jim» y dice que una actriz que acepte ese papel es porque...

—Mire, a mí no me importa la vida de los demás. Siento un gran respeto por la libertad de cada uno.

—Es que como una vez lei que tenía un hijo y que estaba muy grave...

—Es cierto. Tiene un hijo que se llama Jérôme. Lo tuvo con su marido Jean Louis Richard, actor. ¿Algo más?...

—Bucno, hombre, no adopte este tono.

—Me molestan estas conversaciones.

—Pues no lo entiendo, todo eso se publica en las revistas.

—Sí, pero no debería publicarse. Es feo.

—Dicen que Sacha Distel se enamoró de ella.

—Sí, y también dicen que Louis Malle y Jean Paul Belmondo y Raoul Levy, el productor de «Los amantes». Y que «sale» ahora con Pierre Cardin. ¿Y qué? Ella está divorciada de su marido y es lógico que los hombres se enamoren de una mujer hermosa.

—¿Usted la encuentra tan atractiva?

—Sí.

—Pues yo no. No se puede decir que sea una belleza.

—No, no se puede decir.

—Entonces...

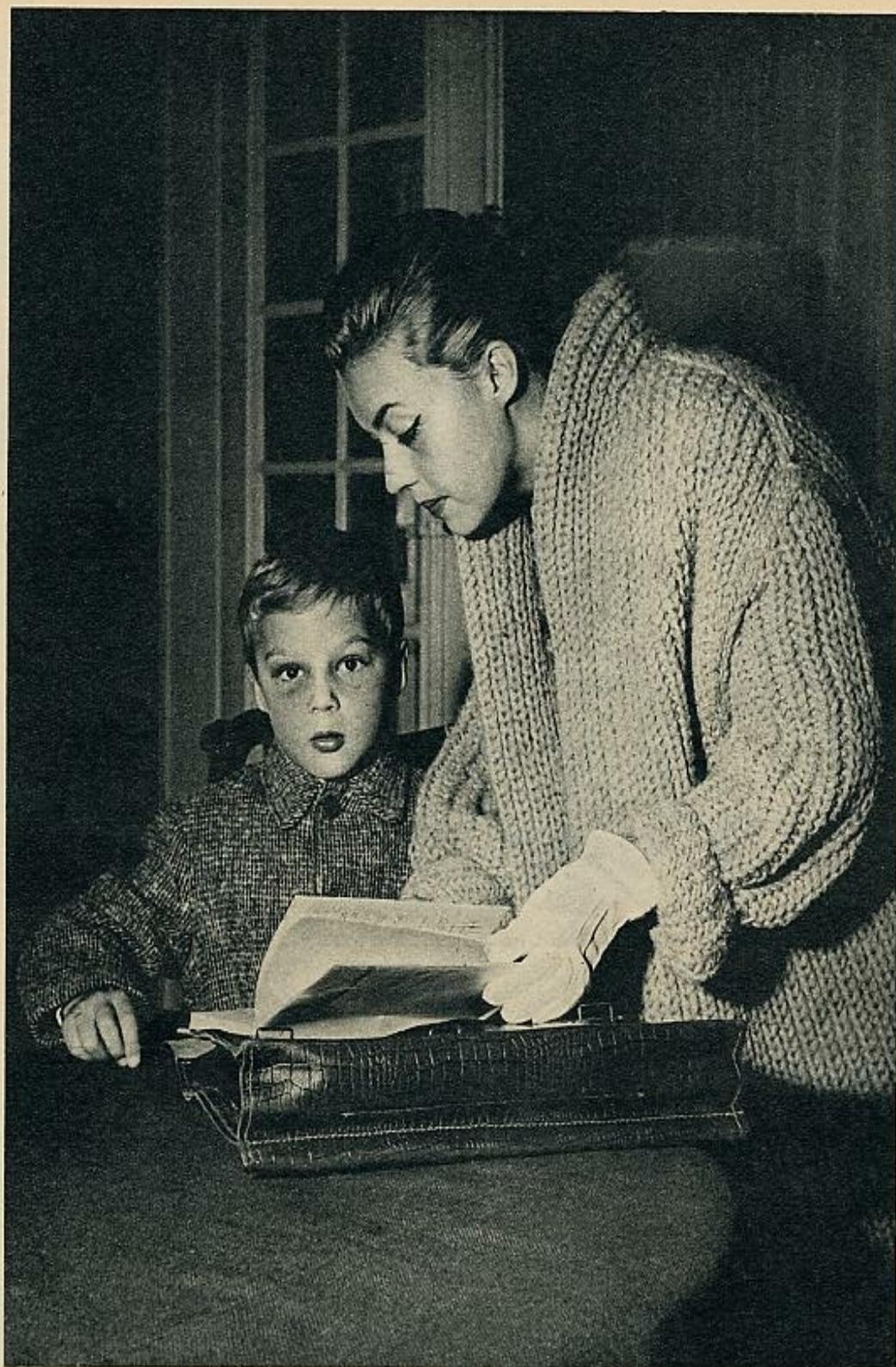
—Pero es que se pueden decir otras cosas más importantes. Que tiene una mirada profunda que da un poco de miedo; que tiene una bonita nariz y una boca un tanto insolente. Que anda con cansancio y tiene una frente capaz de entender. Y que, sobre todo, es una mujer absolutamente de hoy, no podría haberse dado en otra época. Se advina un mundo preocupado detrás de su sonrisa. Y debe ser angustiosamente hermoso enamorarse de ella.

—Hijo, me ha dejado usted sin aliento. ¡Qué entusiasmo!

—Puramente literario, se lo aseguro. Me parece una gran actriz y eso es lo que más me impresiona.

—Pues a mí en la película de esta noche no me ha gustado.

—No diga usted eso que es pecado.



La Moreau, junto a su hijo. Poco antes el pequeño tuvo un peligroso accidente de automóvil; Jean Paul Belmondo iba al volante.

—¡Jesús!

—Escuche: es una gran actriz porque todo lo que hace es verdad. Porque la trampa —que la hay, sin duda— no se le nota. Los actores son como los ilusionistas. Todo el mundo sabe que en el sombrero de copa no caben tantas maravillas —conejos, palomas, cintas de colores...— pero lo importante es que no se pueda descubrir el truco. Jeanne Moreau es sinceridad. Una

sinceridad desnuda, sin concesiones... Habrá trabajado mucho para llegar a esto.

—No sé. No quiero discutirlo. Usted sabe más de estas cosas.

—Es mi oficio.

—En fin, tengo que irme. Espero que no se haya molestado.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Como le he llevado la contraria y usted no debe estar acostumbrado...

—Se equivoca. Justamente al revés.

—De todas formas he pasado un rato muy agradable.

—Y yo.

—No nos entenderemos nunca, ¿verdad?

—No, señora, nunca. Pero tampoco es necesario.

—Quizá. Adiós.

—Adiós, señora. Recuerdos a su marido. Besos a los niños.